tiesen, pues no le podrían hacer mayor placer; y díjoles otras muchas razones de amor, con que los reconcilió y ellos quedaron contentos, disimulando lo pasado y alegres de no haber sido descubiertos; pero desde entonces vivía con mayor recato.

### CAPÍTULO LXXXIII. *Del peligro en que se vio el ejército castellano en Itztapalapa, y de una batalla que tuvo Gonzalo de Sandoval con el ejército mexicano, y que en Tetzcuco juraron a don Fernando Ixtlilxuchitl*

N OCHO DÍAS QUE CORTÉS ESTUVO EN TETZCUCO, sin salir fuera, entendió en fortalecer la casa de su alojamiento y proveerle de vitualla, temiendo de ser allí acometido de los enemigos y visto que no se movían salió de la ciudad con doscientos infantes y diez y ocho caballos y cuatro mil tlaxcaltecas; fue por la orilla de la laguna a la ciudad de Itztapalapa, de diez mil vecinos, que entonces más de la mitad de ella estaba fundada en el agua, cuyo señor era Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma y el que echó a los castellanos de Mexico y murió de las viruelas. No pudo ir tan secreto que no fuesen avisados los vecinos; comenzaron a retirar su ropa a las casas que estaban en el agua, con las mujeres y niños; y dos leguas antes halló tropas de gente de guerra, que peleando le iban llevando a la ciudad y otros en canoas por la laguna iban haciendo lo mismo; y cuando le tuvieron cerca de ella, salió de golpe sobre él toda la multitud. Peleóse tres horas, con mucha porfía, hasta que no pudiendo resistir los de Itztapalapan se retiraban al agua, donde muchos se ahogaban y otros se salvaban en las canoas. Murieron cinco mil de ellos, pocos tlaxcaltecas, ningún castellano, hubieron gran despojo y pusieron fuego los indios amigos a algunas casas.

Poco antes de la victoria rompieron los enemigos una calzada, con que pasó el agua de la laguna salada a la dulce; y cuando los cristianos seguían el alcance, sin sentirlo, iba creciendo el agua; pero echándolo Cortés de ver con su maravilloso ingenio (con el cual todo lo consideraba y miraba, sin que nada se le escondiese) dio mucha priesa en sacar la gente y por mucha diligencia que usó, eran las siete de la noche; y cuando se iban retirando, en unas partes llegaba el agua a la rodilla y en otras a los pechos. Perdióse el despojo, ahogáronse algunos tlaxcaltecas y si se detuvieran tres horas más no quedara ninguno. Salieron a las nueve; pasaron frío aquella noche y sin cena; y otro día fueron sobre ellos los de Mexico; y peleando siempre, se fueron retirando a Tetzcuco. Murieron algunos indios amigos y un castellano, que fue el primero que murió peleando en el campo (aunque le retiraron y llevaron a Tetzcuco porque los indios no le viesen). Otro día llegaron mensajeros de la ciudad de Otumba y de otras cuatro ciudades cercanas pidiendo perdón de los enojos que habían dado en la

guerra; y suplicando a Fernando Cortés los acetase por amigos, él lo hizo, con condición que le llevasen presos todos los de Culhua que hallasen.

Viendo que las guarniciones de Culhua tenían todavía tomados los pasos de la Vera Cruz y de Tlaxcalla, envió a Gonzalo de Sandoval con doscientos castellanos y veinte caballos para que, en habiendo dejado en los términos de Tlaxcalla los mensajeros que enviaba a solicitar, volviesen a la provincia de Chalco, que confina con la de Coyohuacan, porque le habían enviado a decir que por miedo de los de Culhua no osaban declararse por sus amigos y los asegurase; y caminando delante algunos tlaxcaltecas que se volvían a su tierra con despojos y otros que habían ido a llevar vitualla, pensando que iban seguros con ir tras de los castellanos, dieron en una emboscada de mexicanos que mataron algunos y les quitaron el despojo; y oyéndose los gritos (que son mayores los de los indios que de otra ninguna nación) y viendo la polvareda acudió Sandoval con los caballos, dio en los mexicanos; socorrió sus amigos; cobró el despojo; y llegados los infantes acabaron de vencer a los enemigos que huyendo se metieron por la laguna; y los tlaxcaltecas, cargados de su despojo y del ajeno y de las armas de sus contrarios, se fueron muy contentos a su tierra.

Dejados éstos en seguro, Sandoval, yendo a Chalco, topó en un llano con doce mil mexicanos que con mucha orden le presentaron batalla; duró dos horas y fueron rotos. Sabida la victoria por los de Chalco, salieron a recibir a Gonzalo de Sandoval, el cual se volvió luego a Cortés con los hijos de aquellos señores, que le deseaban conocer; llevaron un presente de oro y Cortés los regaló mucho y envió muy contentos y con ellos a Sandoval, para que los asegurase el camino. Puestos en salvo, aunque con algunos reencuentros, fue a Tlaxcalla y con los castellanos que allí se hallaban y con don Fernando, señor de Tetzcuco, dentro de seis días volvió a Cortés, el cual, con las ceremonias que los indios usaban y con la misma grandeza, hizo jurar a don Fernando por señor, siendo certificado de Gonzalo de Sandoval que conocía en él buena intención, con que los de Tetzcuco recibieron gran contento. Dos días después de esta elección de don Fernando y habiendo vuelto toda la gente a la ciudad, yendo Fernando Cortés acrecentándose en reputación, fueron a él muy alterados los señores de Coatlichan y Huexotla y dijeron que todo el poder de Culhua iba sobre ellos y que también mirase por sí, y les dijese si traerían allí sus mujeres y sus hijos, ¿o los llevarían a la sierra? Díjoles, que no tuviesen miedo y que recogiesen la gente inútil en las casas más fuertes; y que los que eran para tomar armas estuviesen apercibidos, porque los socorrería y verían el daño que hacía en los mexicanos. Estuvo Cortés muy sobre aviso, pero no dieron los enemigos en aquellos días ni sobre él ni sobre aquellos señores, antes se ocupaban en prender algunos indios de los que llevaban vitualla al campo, especialmente tlaxcaltecas, para sacrificarlos; y para esto se confederaron con dos lugares, sujetos a Tetzcuco, los más cercanos a la laguna, de donde hicieron acequias, trincheras y otros reparos, para hacer daño a su salvo.